

## APUNTES SOBRE EL GÉNERO DE LOS *DIARIOS DE VIAJE* POR ESPAÑA DE GEORGE TICKNOR

ANTONIO MARTÍN EZPELETA

UNIVERSIDAD DE JAÉN<sup>1</sup>

### GEORGE TICKNOR Y SUS *DIARIOS DE VIAJE POR ESPAÑA*

En el ámbito hispánico, el interés por George Ticknor (Boston, 1791-íd., 1871) se ha reducido básicamente al estudio de su importante *History of the Spanish Literature* (1849).<sup>2</sup> No es tan conocido el dato de que fue el primer catedrático de Lenguas y Literaturas Romances en Estados Unidos, en la Universidad de Harvard, y gran pionero del Hispanismo al otro lado del Atlántico.<sup>3</sup> Además, destacó toda su vida por ser un filántropo al que, por ejemplo, se debe en gran parte la fundación de la primera biblioteca pública en Boston, donde se custodia, por cierto, su riquísima biblioteca de libros de los Siglos de Oro españoles.<sup>4</sup> Sin embargo, nada de esto seguramente hubiera sido posible si el joven George Ticknor no hubiera decidido viajar por España en 1818. Efectivamente, antes de ocupar su cátedra, George Ticknor, que por aquel entonces contaba con veinticinco años, emprendió un intenso viaje de formación por Europa la primavera de

---

<sup>1</sup> Este trabajo se enmarca en el proyecto de mi beca postdoctoral Fulbright-MEC que desarrollé en la Universidad de Harvard entre 2008 y 2010.

<sup>2</sup> Este estudio de Ticknor, traducido al español entre 1851 y 1857, se considera la primera *Historia literaria española* como tal. Contamos con varios trabajos sobre esta obra, que podrían distribuirse, de un lado, en los primeros análisis más formalistas realizados en Estados Unidos (Dewey, 1928; Hillard, 1950; Hart, 1954; o Rathbun, 1960); y de otro, las contextualizaciones en el marco de la historiografía literaria española (Fernández Cifuentes, 2004; Núñez y Campos, 2005; Mainer, 2000; Pozuelo Yvancos, 2000; Romero Tobar, 2006, etcétera).

<sup>3</sup> Sobre esta cuestión, puede verse el clásico estudio de Romera Navarro (1917, 43-53) o el trabajo de Meregalli (1989), entre otras referencias menos relevantes, como, por ejemplo, la nota del poeta Jorge Guillén de 1943 (1999, 659-671).

<sup>4</sup> El papel de Ticknor como intelectual comprometido con su país ha sido muy bien estudiado. Recientemente Jaksic (2007, 79-172), además de refundir las ideas contenidas en las monografías anteriores de Tyack (1967) o Kagan (ed., 2002), por destacar dos trabajos relevantes, ha completado la biografía intelectual de George Ticknor con la interesante documentación inédita del autor, custodiada en los Archivos de la Universidad de Harvard.

1815. Tras su paso por países como Alemania, Italia o Francia, se dirigió a España, convirtiéndose en uno de los primeros viajeros románticos norteamericanos por la Península Ibérica, como luego lo fueron, por ejemplo, sus amigos Washington Irving o William H. Prescott. El propósito de este viaje era aprender *in situ* la cultura y explorar el carácter nacional de los españoles. Así lo explica el propio Ticknor en el prólogo de su *Historia literaria*:

En el año de 1818 recorrí mucha parte de España, y pasé algunos meses en Madrid: mi objeto al hacer este viaje fue aumentar los escasos conocimientos que ya tenía de la lengua y literatura de aquel país, y adquirir libros españoles, que siempre han sido raros en los grandes mercados de librería de la Europa: en algunos puntos, mi visita correspondió al objeto que me había propuesto, en otros no (1851, I, D).

Ticknor recorrió una importante parte de España desde abril a octubre de 1818 y tomó buena nota de todo lo que vio en una suerte de diarios de viaje. Estos diarios escritos en España, desgajados del resto de sus diarios, conforman la obra que nosotros denominamos como *Diarios de viaje por España*.<sup>5</sup> Dicha obra ha sido varias veces relacionada con el resto de libros de viaje que los muchos extranjeros que se sintieron atraídos por España decidieron escribir.<sup>6</sup> La conexión con estos viajeros y sus escritos es evidente. De hecho, se podría afirmar que Ticknor en cierto modo emuló las aventuras que los libros de viaje de otros viajeros románticos describían. Como más adelante veremos, uno de sus autores de cabecera en este sentido fue el francés Alexandre de Laborde, al que se podrían unir otros, como el alemán Christian August Fischer o el español Antonio Ponz Piquer, cuyas obras fueron básicas en la fijación de tópicos y estereotipos culturales de España.<sup>7</sup>

<sup>5</sup> En la actualidad me encuentro concluyendo la edición crítica y traducción de la parte de los diarios de viaje por España de George Ticknor. Las citas a esta obra remitirán sencillamente a los números de página provisionales de esta edición. Los manuscritos autógrafos en los que se basa la edición se encuentran microfilmados en la Biblioteca Widener de la Universidad de Harvard (los originales están custodiados en la biblioteca de la Universidad de Dartmouth). Las antiguas ediciones de los diarios de viaje de George Ticknor por España, en inglés, son antologías de los textos de Ticknor, por lo que queda cierto material inédito: cf. George Ticknor, *Life, letters and journals or George Ticknor*, preparada en parte por George S. Hillard (primera edición, 1876; lo relacionado con el viaje a España se encuentra en Ticknor, 1968, I, 185-249) y la edición de Northrup *Ticknor's Travels in Spain* (Ticknor, 1913, que incluye una introducción). La traducción de Dorta (Ticknor, 1952) parte de esta primera, y sólo dedica a la parte de España diez páginas.

<sup>6</sup> Sobre el papel de viajero romántico de Ticknor, contamos con varias referencias en los catálogos bio-bibliográficos de viajeros a España, como el clásico de Farinelli (1979) o el más reciente de García-Romeral Pérez (2004), entre otros. Un buen acercamiento a la vastísima bibliografía sobre los viajeros románticos y la literatura de viajes se encuentra en Ortas Durand (2005), quien por su parte ha repasado algún episodio de los diarios de Ticknor en sus interesantes monografías *Viajeros ante el paisaje aragonés (1759-1850)* (1999) y *Leer el camino. Cervantes y el «Quijote» en los viajeros extranjeros por España (1701-1846)* (2006).

<sup>7</sup> Serrano en su repertorio bibliográfico (1993) incluye varias estadísticas que arrojan el dato de que hubo treinta y seis norteamericanos que viajaron a España durante el siglo XIX, así como que el número de viajeros extranjeros a España incrementó notablemente la primera década para descender muchísimo hasta los años 20 (1993, 57-59). La razón, claro, se encuentra en el hecho de que durante la Guerra de la

Estos *Diarios de viaje por España* reflejan el paisaje y paisanaje españoles, diferenciando perfectamente las provincias españolas por donde pasa (Barcelona, Lérida, Zaragoza, Segovia, Madrid, Sevilla, Granada...), y nos presenta la mirada ingenua y curiosa de un joven Ticknor, que procura visitar e indagar en la historia de todos los lugares y monumentos emblemáticos españoles (Basílica del Pilar, Paseo del Prado, Alcázar de Segovia, El Escorial, Mezquita de Córdoba...), así como profundizar en el conocimiento del pueblo español, especialmente en las clases sociales bajas, donde se manifiesta más claramente el carácter nacional, concepto tan vigente por aquel entonces.<sup>8</sup> Por esta razón y por su falta de educación y decoro, Ticknor no muestra tanto interés por la aristocracia, los políticos, la corte o el propio rey Fernando VII, a quien llega a conocer personalmente, y a los que critica durante su estancia en Madrid sobre todo. De estas clases sociales altas, solo los pocos intelectuales españoles que se encuentra (José Madrazo, el Duque de Rivas, el historiador José Antonio Conde, varios académicos...) y el cuerpo de diplomáticos en España le merecen buena opinión, y con todos ellos disfruta aprendiendo el idioma y cultura de un país cuyo genuino carácter nacional le admira y apasiona.

Además, hay que tener en cuenta que estos *Diarios de viaje por España* no solo dan buena cuenta de las aventuras de Ticknor por España (con algunos pasajes muy novelescos, como tendremos oportunidad de apreciar a lo largo de este trabajo), sino que también reflejan perfectamente la España de 1818, que luchaba por recuperarse de la reciente Guerra de la Independencia española (1808-1814). Pero pasemos ya a referirnos a la forma de estos *Diarios de viaje por España* de George Ticknor.

Antes de nada, sin embargo, conviene explicar la idea que el propio George Ticknor tenía de sus diarios, como los titula y categoriza en los originales manuscritos, encabezados por la palabra *journals*. En una nota escrita en septiembre de 1868, o sea, cincuenta años después de su viaje a España, a propósito de la inminente publicación de la antología de estos diarios preparada por su amigo George S. Hillard y otros, señala:

Independencia española y los años siguientes no era el mejor momento para visitar el país. Ticknor, como queda dicho, pionero de los viajeros norteamericanos (a partir de los viajes de Washington Irving se volvió un destino mucho más popular), se atrevió a visitar la Península Ibérica en esta época; aunque no poco preocupado, como queda patente al principio de sus *Diarios de viaje por España* cuando describe su ánimo justo antes de dejar Francia para entrar a España: «Ahora, pues, me encuentro bastante solo, con una sensación poco agradable y una perspectiva ni mucho menos halagüeña, sobre todo al ir a entrar en un país extranjero, y tratándose este de España» (9).

<sup>8</sup> Ticknor lo aprendió de primera mano. El primer destino de su viaje a Europa fue la Universidad de Gotinga, donde estudió las teorías del *Volksgeist* con el historiógrafo-literario Friedrich Bouterwek, además de relacionarse con otras personalidades del momento, como Ferdinand Wolf o el mismo Goethe. (Se ha publicado recientemente una edición de sus diarios por Alemania, que incluye también los de su esposa: Ticknor, 2009; al concepto de literatura nacional español en los *Diarios de viaje por España* de George Ticknor, he dedicado el siguiente trabajo: Martín Ezpeleta, en prensa, en el cual están basadas algunas ideas de esta introducción sobre Ticknor y sus *Diarios de viaje por España*).

Los siguientes nueve volúmenes, aunque en muchas de sus partes no están escritos de manera descuidada, contienen meramente un recuento interrumpido, imperfecto y desarticulado de cómo pasé una parte de mi vida desde que embarqué en Boston hacia Europa el dieciséis de abril de 1815 hasta mi vuelta a casa el seis de junio de 1819.

El principal objetivo de estos cuatro años de ausencia era encontrar maneras de educación y cultura mejores que las que podía obtener en casa; pero, en cuanto al uso que hice de estos modos, aquí casi no doy noticia. Este no era el lugar apropiado para ello. No obstante, este objetivo ocupó casi todo mi tiempo y es, por tanto, solo una pequeña porción del resto, solo de esa parte que dediqué a viajar, la sociedad y los divertimentos, de las que he hablado por extenso en estos diarios.

Todo fue escrito en tiempo presente, dondequiera que paraba tiempo suficiente para hacerlo, a partir de los pequeños *memoranda* escritos en el mismo lugar en pequeños cuadernos que llevaba conmigo. No obstante, antes de ir a los países que tenía intención de visitar, recopilé en otros cuadernos manuscritos todos los hechos estadísticos, históricos y geográficos relativos a estos países que pude. Esto no fue tarea fácil (6).<sup>9</sup>

Como hemos podido comprobar, el propio autor define su obra como diarios, y nos informa de que estos fueron escritos, *captatio benevolentiae* aparte, de manera descuidada a partir de unas anotaciones previas tomadas en unos pequeños *memoranda* de los que no tenemos mayor noticia. En fin, según hemos señalado, la materia de estos diarios, amén de su evidente relación con las obras de otros viajeros románticos referidos, coincide perfectamente con la idea que poseemos de un libro de viajes; de ahí la categorización que hemos propuesto titulándolos *Diarios de viaje por España*. Pero será en el siguiente apartado donde, a partir de la revisión de las características formales de esta interesante obra de Ticknor, quedará patente su relación con el macrogénero de los libros de viajes.<sup>10</sup>

<sup>9</sup> Esta nota inédita, firmada de puño y letra por el propio Ticknor, aunque presumiblemente escrita por otra persona, la incluimos en nuestra edición a manera de prólogo de los *Diarios de viaje por España*.

<sup>10</sup> Para la preparación del siguiente apartado, hemos tenido en cuenta las caracterizaciones del género de los libros de viaje de Albuquerque (2006), que por su parte sintetiza varias, Carrizo Rueda (1994, 1996 y 1997), Gasquet (2006), Peñate Rivero (2004), Pérez Priego (1984), Regales Serna (1983), Serrano (1993), Silva (2000 y 2004) y Villar Dégano (1995 y 2005), además de otros estudios monográficos reunidos en varios libros de autoría colectiva, como Almarcegui Elduayen y Romero Tobar (coords., 2005), Carmona Fernández y Martínez Pérez (eds., 1996), Cristóvão (ed., 1999), Lucena Giraldo y Pimentel (coords., 2005) y Peñate Rivero (ed., 2004). Por otra parte, también hemos reparado en las descripciones del género de la autobiografía y los diarios a partir de los trabajos de Caballé (1995), Pozuelo Yvancos (2006) y Romera Castillo (2006), además de los clásicos estudios sobre la teoría de los géneros literarios de García Berrio y Huerta Calvo (1992) o la recopilación de Garrido Gallardo (ed., 1988).

CARACTERIZACIÓN DE LA FORMA Y EL GÉNERO DE LOS *DIARIOS DE VIAJE POR ESPAÑA*

Una de las cuestiones más relevantes a las que podemos referirnos para estudiar estos *Diarios de viaje por España* de Ticknor es la naturaleza de su *narrador*.<sup>11</sup> Se trata de un narrador en primera persona del singular que, como apuntaba Ticknor en su nota citada, se sitúa en el presente.<sup>12</sup> Su voz cobra especial protagonismo cuando se trata de describir el estado de ánimo del autor, cuando aparece la nostalgia de su país, cuando valora las penalidades que está padeciendo o, en este caso, cuando confiesa la tristeza que le causa despedirse de los amigos que ha conocido durante su estancia en Madrid:

Me consolé, no obstante, como siempre hago cuando lamento dejar cualquier lugar donde he conocido personas interesantes que nunca voy a ver de nuevo, recordando que mi alejamiento de estos es el único medio que tengo de volver a aquellos a los que tanto quiero. Cada ciudad que he dejado tras de mí supone una etapa finalizada de mi peregrinaje y un paso más hacia mi retorno a casa (118-119).

Es curioso observar cómo la primera persona del narrador —que a veces utiliza también el plural de modestia—, cuando el asunto se vuelve más personal, en ocasiones se disuelve en una segunda persona del singular que interpela al lector o a la propia conciencia del autor, o en fórmulas impersonales que intentan restar afectación al texto. El siguiente ejemplo corresponde a un emocionante

<sup>11</sup> A lo largo de este extenso epígrafe subrayaremos aquellos aspectos caracterizadores que estudiamos. La siguiente definición de los libros de viajes resume buena parte de ellas: «Es un relato fundamentalmente autobiográfico en el que el viajero, autor y narrador coinciden en un viaje presencial que se plasma en una escritura híbrida. En ella se mezclan un discurso narrativo que reproduce la experiencia vivida, y en el que el tiempo se enmarca en una cronología específica, duración del viaje, que le sitúa inequívocamente en un período histórico concreto; un discurso espacial orientado en mayor grado hacia la descripción y la referencia toponímica; y un discurso expositivo con una clara intencionalidad informativa y didáctica. La delimitación espacio-temporal marcada, unida a la voluntad de reproducción de evidencias, se centra preferentemente en la visión del otro, con una mirada que se vuelve siempre contrastiva hacia el propio narrador-viajero, el cual, aunque se dirige con frecuencia a un lector ideal, cómplice en afinidades, las múltiples estrategias lectoras acaban convergiendo en un lector universal» (Villar Dégano, 2005, 249).

<sup>12</sup> Hay alguna excepción, como cuando tras su estancia en Madrid describe la rutina de sus días en la capital y valora su estancia estival en tiempo pasado. Este es un ejemplo: «Por la mañana me levantaba pronto y, como vine a España única y exclusivamente por el español, a las seis de la mañana o un poco antes estaba sentado delante de mis libros. A las diez venía mi primer profesor, un buen sargento del ejército de nombre García, que se ganaba el pan enseñando Gramática española y haciendo malas traducciones del francés y el italiano para los teatros de Madrid. En una hora y media, lo había despachado. En cualquier otro país, o en cualquier otra circunstancia, habría dado por acabado mi trabajo por ese día; debería haber comenzado algo más, pues seis horas en una tarea todos los días son suficientes. Pero no tenía nada más que hacer en España» (91). Como hemos señalado, la repercusión de este viaje en la vida de Ticknor fue más allá de aprender la lengua española. En realidad, se podría afirmar que el principal interés de Ticknor era observar el espíritu nacional español, al que tiempo después dedicó su obra más importante, su *Historia literaria española*.

momento en que Ticknor, oteando el horizonte en la costa de Gibraltar, echa la vista atrás, valora su largo viaje y recuerda su hogar al otro lado del Atlántico:

De pie, pues, en el antiguo Calpe,<sup>13</sup> uno de los antiguos nombres que nos ha llegado desde el amanecer del mundo, contemplas la cadena de la historia, desde las fábulas de Hércules hasta la batalla de Trafalgar. [...]

Mientras tanto, la imaginación, por un lado, acompaña al Mediterráneo hasta que se evocan los recuerdos de Italia y Grecia; y, por otro, vaga por las soledades del Atlántico hasta que el corazón, que procede de un poco más allá, añora su hogar. En efecto, es una vista que no tiene precio. Aquel que la ha disfrutado y sentido como merece, incluso aunque viaje lejos, no puede por menos que perder la esperanza de volver a ver algo parecido (148-149).<sup>14</sup>

No obstante, normalmente es la primera persona del singular la que introduce las descripciones y los diferentes acontecimientos del viaje. Esta también queda muy patente cuando alguna cuestión le llama poderosamente la atención al autor y se ve forzado a ponerla en relación con su conocimiento previo o enjuiciarla. En este sentido, podemos pensar en aquellos episodios donde Ticknor se sorprende de las peculiaridades del pueblo español o en aquellos en que directamente critica algunos aspectos de España. Una de las reprobaciones más recurrentes en los *Diarios de viaje por España* es la del comportamiento de las clases altas del país. Así, por ejemplo, cuando se encuentra con el rey Fernando VII queda suficientemente patente la antipatía y la mala opinión que le merecen su persona y su gobierno:

Del gobierno hay poco bueno que decir. El Rey, como persona, es un vulgar desvergonzado. La obscenidad, la baja y brutal obscenidad de su conversación, además de la rudeza de sus maneras son cuestiones notorias. Recuerdo varias noches cuando, estando los miembros de la Corte en el teatro, que es una ocasión de gran ceremonia (hay guardias en el escenario y no se puede asistir más que vistiendo traje cortesano), cada vez que en el transcurso de la pieza ocurría alguna alusión indecente —lo que no era infrecuente—, toda la orquesta y, así mismo, el resto del teatro se giraban para mirar directamente al Rey. Cada individuo estaba segurísimo de que esos eran los pasajes más de su gusto. Ni siquiera se disgustaban cada vez

<sup>13</sup> Roca de Gibraltar.

<sup>14</sup> Explica Villar Dégano: «La primera persona suele ser una de las señales distintivas del autor de los libros factuales de viajes; pero este yo (nosotros algunas veces) por razones estilísticas, de objetividad, ironías y otras, se desdobra, a menudo, en un sintagma distanciador como “el trotamundo”, el “vagabundo” o el más socorrido de “el viajero”, aunque la gama puede ser muy variada [...]. Sea como sea, este desdoblamiento no consigue eliminar el *carácter autobiográfico* del libro de viajes, en el que la enunciación y lo enunciado se proclaman desde un enunciador viajero que ha hecho el viaje físico, perspectiva que influye en la visión, por más que se finjan marcas distanciadoras [...]. El autor, que es el viajero y el narrador, se ve fuertemente condicionado por su yo peripatético que le obliga a un punto de vista unilateral, volcado siempre en la práctica itinerante» (2005:235). En los *Diarios de viaje por España* de Ticknor, como hemos visto, se aprecia la intención del autor de distanciarse ligeramente del texto, aunque no utiliza nunca los sintagmas señalados.

que él se reía escandalosamente, aunque la Reina y las Infantas tenían la decencia de permanecer solemnes.

No repetiré lo que comentó de la toma de Pensacola<sup>15</sup> a la persona que le transmitió por primera vez la noticia, porque, a mi modo de ver, es odioso e insufrible simplemente que lo dijera; ni los ejemplos de grosería, vulgaridad e insolencia hacia sus sirvientes y ministros, que son tan bien conocidos en Madrid como en el Prado. Malgastaría mi tiempo y espacio sin necesidad. Este es, pues, el cabeza de gobierno. ¡Y de qué gobierno! (39)

En fin, este tipo de narrador en primera persona es, claro, el propio de los libros de viaje. Su naturaleza es la de un testigo que describe la realidad que le rodea, además de exponer las reflexiones que esta le va provocando, dotando de esta manera de gran verosimilitud a la obra. El lector nunca cuestiona sus afirmaciones, a pesar de que sean claramente subjetivas, como podría ser esta última citada, pero luego volveremos sobre las opiniones personales del autor.

Fijémonos ahora en otra característica formal común de los *Diarios de viaje por España* de Ticknor y algunos libros de viaje. Nos referimos a las *acotaciones paratextuales* de las dataciones y los subepígrafes temáticos que estructuran la obra. Es curioso que los primeros editores de estos diarios por España de Ticknor hayan eliminado la mayor parte de estos subtítulillos, que se encuentran claramente en los autógrafos.<sup>16</sup> El hecho es que estas referencias que estructuran la obra nos ofrecen una información muy valiosa para entender el viaje de Ticknor y la gestación del texto de los *Diarios de viaje por España*. Así, el repaso de estas *dataciones* nos permite calcular el tiempo exacto que le ocupó el viaje a España, desde abril hasta octubre de 1818; además de cómo decidió distribuir este. Esto último nos ayuda a formarnos una idea también sobre qué lugares le interesaban más, así como cuál era el itinerario más o menos preconcebido que tenía. Itinerario, por cierto, sobre el que podemos afirmar que estaba basado en el que siguió Alexandre Laborde (1773-1842) en su viaje a España, pues las coincidencias de su *Itinéraire descriptif de l'Espagne* (París, 1808), que completa su importante *Voyage pittoresque et historique en Espagne* (París, 1806-1820, en cuatro volúmenes), con los *Diarios de viaje por España* de Ticknor en este punto —y en otros,

<sup>15</sup> Ticknor se refiere a la toma del territorio español de Pensacola en Florida por parte del general americano Andrew Jackson (1767-1845) el veintinueve de mayo de 1818, en el marco de la Primera Guerra de Seminola (1817-1818), que enfrentó a los amerindios que poblaban ciertas zonas fronterizas con los americanos identificados con la reciente nación de los Estados Unidos.

<sup>16</sup> En nuestra edición hemos rectificado esta manera de proceder y sí incluimos —y uniformamos— estos epígrafes y dataciones. Además, durante la estancia en Madrid de Ticknor, donde aprovecha para conocer los aspectos socio-políticos más relevantes de España, incluimos en nuestra edición algunos otros epígrafes temáticos que no se encuentran en el original —entre corchetes—, en el entendido de que ayudan a conformar un completo índice temático de las cosas sobre las que reflexiona: las instituciones, la corte, los monumentos...



como cierta información enciclopédica sobre los monumentos y la historia de España que acarrea— son evidentes.<sup>17</sup>

Pues bien, sabemos que Madrid era el destino más importante de su viaje por España, donde residió del 23 de mayo al 13 de septiembre, y que Andalucía era la zona que, en principio, más le apetecía visitar, pues pasó por varias de sus provincias (en Cataluña, por ejemplo, también recorrió más de una: Gerona, Barcelona y Lérida) y se detuvo cierto tiempo en las capitales de Córdoba, Granada—que le subyugó, como tiempo después sucedió con su amigo Washington Irving, el cual rindió tributo a la ciudad en sus muy leídos *Cuentos de la Alhambra* (1832), entre otros trabajos—, Málaga, Cádiz y Sevilla, desde donde partió hacia Portugal y terminó, pues, su viaje por España.

El *marco espacio-temporal* queda perfectamente delimitado por estas dataciones. En este punto, como señalábamos, podemos incidir en el hecho de que el que verdaderamente vertebra los *Diarios de viaje por España* de Ticknor es el espacio, que condiciona al tiempo, y su recorrido por las poblaciones españolas de Barcelona, Lérida, Zaragoza, Guadalajara o Segovia, entre tantas otras. Así, a diferencia de lo que sucede en los relatos novelescos, la *narración no tiende hacia un final resolutivo*, sino que la importancia la cobran los diferentes episodios de los que se compone la obra, más intensos o menos dependiendo, además del interés que despierte en el lector el tema tratado, el hecho de que el narrador decida dramatizar un episodio, acaso de por sí suficientemente novelesco. En los *Diarios de viaje por España* uno de los episodios más novelescos es cuando Ticknor viaja desde Sevilla a Portugal con un grupo de contrabandistas, pues al parecer esta era la manera más sencilla y segura de recorrer ese camino. La experiencia es descrita en estos términos:

Me recogieron junto a mi equipaje y me acompañaron hasta que localizamos a su banda, que merodeaba por los alrededores. La alcanzamos al atardecer de ese mismo día, cuando todos estaban ya acampados para pasar la noche.

Eran treinta y ocho fuertes hombres muy enérgicos e íntegros con unas cuarenta mulas. Iban armados cada uno con una escopeta, un par de pistolas, una espada y un puñal. Algunos estaban tumbados en grupos bajo enormes alcornoques y otros, preparando la cena en un fuego que habían encendido. Me acomodé sin

---

<sup>17</sup> Serrano, destacando la gran influencia de Laborde en otros viajeros, ha llegado a afirmar que «el plagio es una de las características más comunes en las guías de la época» (1993, 26). Por lo demás, el propio Ticknor nombra «la *España* de Laborde» (7) en su nota prologal como una de sus referencias básicas, cumpliendo otra de las características de los libros de viaje que señala Serrano: «En los prólogos de las guías no era infrecuente que su autor hiciera referencias a guías y obras que le habían precedido, indicando las fuentes de las que se había valido» (1993, 29).



problemas según sus maneras y, extendiendo mi manta en el suelo, comí con las mismas ganas y dormí tan profundamente como el más duro de ellos. [...]

No buscamos ningún camino, pero vimos de vez en cuando un sendero o una vereda de ovejas, que preferimos evitar. Nos condujimos más por el conocimiento instintivo de los guías que por ninguna indicación previa de alguien que hubiera ido antes por ese camino. Pocos extranjeros lo habían recorrido; todos los del grupo, con treinta años de experiencia, solo recordaron a cuatro. Y, en realidad, cuando se consideran los inconvenientes —dos noches lluviosas que dormimos al raso, la escasez de provisiones en una ocasión y la fatiga de un viaje de ocho días sobre mulas—, no me maravillo de ello (169-170).<sup>18</sup>

Por su parte, el *orden temporal es cronológico* y solo se repara en el pasado para recordar alguna experiencia que tiene relación con el presente. Un curioso ejemplo es cuando Ticknor destaca la abundancia del clero en España y la compara con la de Italia y la del propio Vaticano, país que había visitado recientemente:

Gerona, además, me dio mi primer vislumbre de otro aspecto menos positivo del carácter español. Me refiero a su esclavitud religiosa. Cuando caminaba por las calles, me topaba cada cuatro o cinco personas con un solemne clérigo con su larga capa negra y un sombrero portentoso, curvado en los lados de un modo muy característico y exclusivo. [...] Parecía como si estuviera en un sueño y todo esto se debiera al paso de los Pirineos el último septiembre y el de los Alpes el día anterior; aunque ni siquiera en Italia y en Roma había visto nada semejante a la influencia de unos y el servilismo de otros.<sup>19</sup>

Cuando estuve en Bolonia, una ciudad cinco veces mayor que Gerona, que cuenta apenas con doce mil habitantes, recuerdo que me chocó el incremento del clero, que era ciertamente lógico entrando en un estado estrictamente eclesiástico. Pero no hay tanta diferencia a este respecto entre Bolonia y un pueblo protestante como entre la ciudad más devota del patrimonio de San Pedro y Gerona. Sentí de repente como si nunca antes hubiera estado en un país católico (13).

Respecto a los *epígrafes temáticos* mencionados, hay que señalar que Ticknor suele escribir en las hojas pares —normalmente en blanco— de los cuadernillos donde están escritos los *Diarios de viaje por España*, y así se conforma un índice temático de la mayor parte de los aspectos sobre los que Ticknor se interroga con cierto detenimiento. Estos son, en orden cronológico, algunos de los epígrafes que el autor detalla: «El patriotismo», «El catolicismo», «Camino de Barcelona»,

<sup>18</sup> Según Regales Serna, una característica de los libros de viaje es que cuando se describe un episodio especialmente peligroso o desagradable para el protagonista, no hay interés en destacarlo. Por el contrario, se trata de presentarlo como una etapa más de su camino, frente a lo que sucede en las novelas, por ejemplo (1983, 80).

<sup>19</sup> Ticknor atravesó en septiembre los Alpes para entrar en Italia, mientras que los Pirineos acababa de cruzarlos. Sin embargo, el autor juega a trasladar el tiempo y el espacio cuando se encuentra en Gerona con una presencia del clero tan importante que le da la sensación de estar en el mismo Vaticano.

«Erro, José de Vega, Torret y Amat, Castaños», «La religión», «La pasión por el placer», «Las tabernas», «El espíritu del pueblo», «El carácter popular», «El carácter nacional», «La vida de los nobles», «Los ermitaños», etcétera. En este sentido, por ejemplo, la presencia de subtítulos como «El patriotismo», «La religión», «El espíritu del pueblo» o «El carácter nacional», entre otros, nos ayudan a darnos cuenta de que uno de los temas que vertebra los *Diarios de viaje por España* es la reflexión sobre el *Volkgeist* español, como luego insistiremos.

Pero refiriéndonos ya al cuerpo del texto, debemos apuntar que, como ya se habrá deducido, este es predominantemente descriptivo.<sup>20</sup> Las *descripciones* del paisaje y paisanaje españoles son las que marcan la pauta general de la obra, a pesar de que, según hemos señalado previamente, en ocasiones la voz del narrador exprese una opinión. Las descripciones suelen ser muy detalladas, ofreciendo al principio datos objetivos que van desde la historia más remota de las ciudades y las luchas que en ellas se produjeron, hasta las condiciones climatológicas y su ubicación geográfica, pasando por el detallado dibujo de ciertos monumentos. Este es, por ejemplo, un fragmento de la descripción de la historia de Córdoba:

El origen de Córdoba es incierto, ni siquiera se sabe a ciencia cierta el momento en que se convirtió en una colonia romana, ya que Silio Itálico lo considera anterior a las Segunda Guerra Púnica, mientras que Estrabón lo sitúa en la época de las guerras civiles de Pompeyo y César. Fue, no obstante, una colonia fuerte y próspera y, cuando España estuvo bajo el yugo de los godos, llegó a ser una de sus ciudades más importantes.

Los árabes llegaron en el 710 [...]. Fue aquí donde Abderramán ben Moavia, tras su exilio del Oriente y su deambular por África, finalmente asentó su imperio en el 755, habiendo derrotado a Yusuf al-Fihrí, el último de los gobernadores que dependió de los califas de Damasco, y fundó el primer gobierno moro independiente de España. [...]

Sin duda, podríamos encontrar por todas partes más restos inconfundibles y magníficos de esta gente singular, si no hubieran sido destruidos con tanto empeño por los conquistadores cuando entraron en el siglo XIII; y si los monumentos que incluso ellos respetaron e indultaron, no hubieran sido arruinados por un tremendo terremoto en 1589 (125-127).

Este tipo de información sobre la historia de las ciudades, sobre sus conquistas, los concilios que se llevaron a cabo en ellas, los gobernantes que las eligieron como morada, etcétera, son muy abundantes en los *Diarios de viaje por España* de Ticknor. Esto no deja de ser curioso, pues, según Carrizo Rueda (1997, 25-27)

---

<sup>20</sup> Carrizo Rueda define el género de los libros de viaje precisamente haciendo especial hincapié en esta función descriptiva: «Se trata de un discurso narrativo-descriptivo en el que predomina la función descriptiva como consecuencia del objeto final, que es la presentación del relato como un espectáculo imaginario, más importante que su desarrollo y su desenlace. Este espectáculo abarca desde informaciones de diversos tipos hasta las mismas acciones de los personajes» (1997, 14).

o Villar Dégano (2005, 239),<sup>21</sup> esta es una característica propia de los muy bien estudiados libros de viaje medievales más que de los decimonónicos. Y es que en el caso de los libros de viaje contemporáneos parece que se hace más hincapié en el propio autor, en su conciencia y su afán intelectual de formación, como luego explicaremos.

En fin, sin duda estas cuestiones están también presentes en los *Diarios de viaje por España*, como valoraremos más adelante; pero el hecho de que buena parte de estos se dedique a este tipo de información histórica, más propia de los libros de viajes medievales, como señalan los especialistas, no deja de ser un rasgo interesante. Acaso la profunda formación clásica de Ticknor (estudió durante tres años las culturas griega y latina en sus textos con el rector de la Iglesia de Trinity en Boston, John Sylvester John Gardiner; en sus diarios son muy recurrente las referencias a autores clásicos: Plinio, Suetonio, Heliodoro...) tiene algo que ver con esta característica de los *Diarios de viaje por España*. Pero sigamos con las descripciones.

Como decíamos, las descripciones de las ciudades suelen comenzar con la información histórica y más objetiva. Pero tras esta suerte de contextualización la descripción normalmente se detiene en algún aspecto que se juzga característico de la nación, como puede ser, por ejemplo, el tipo concreto de los lugareños de una determinada zona o una costumbre concreta, para ir conformando poco a poco, tesela a tesela, la descripción del carácter nacional de los españoles, que es, en último término, el gran objetivo de Ticknor, como queda dicho. Sin duda, uno de los aspectos descritos con más cuidado y detalle en los *Diarios de viaje por España* es la fiesta popular de los toros, que se extiende casi veinte páginas:

El reloj marca las diez exactamente a su hora. El pueblo es ahora realmente un pueblo como sucedía en los juegos y espectáculos de Constantinopla, largo tiempo después de que hubiera dejado de serlo en todas partes. Puntual hasta el segundo, el corregidor, que es el oficial en jefe de la policía de la ciudad, entra a lomos de un caballo espectacular, ricamente enjaezado. Y él, vestido de terciopelo negro y seguido por cuatro oficiales de justicia, avanza respetuosamente hasta el palco real. Aquí es otorgado solemnemente el permiso real para celebrar la fiesta.

Tras esto, el corregidor pasea lentamente alrededor del anfiteatro expulsando a la gente de la arena y parando ante cada una de las entradas, para comprobar que

---

<sup>21</sup> Este explica sobre el cambio paulatino de los libros de viajes medievales: «Ciertas marcas del discurso descriptivo en libros de viajes clásicos, como las *descriptio urbis*, las *laudes urbis*, o la *ékfrasis* de monumentos y obras de arte van perdiendo la rigidez esquemática de los modelos poéticos y retóricos, y sin desaparecer del todo se aproximan más a un discurso abierto y disperso, en el que el estilo del escritor, por una parte, y su sensibilidad hacia su relación con el otro, por otra, marcan la pauta de la propia visión del viajero-escritor hacia los espacios considerados y su manera de percibirlos con *filias, fobias y estereotipos*» (2005, 239). Sobre los mencionados tópicos retóricos clásicos en los libros de viajes, se ha extendido Albuquerque (2006, 84-86).

están cerradas y aseguradas, y sale por la última él mismo. A continuación, entran a pie cinco alguaciles para ver si todo está tranquilo; pero como se trata de los oficiales de justicia de menor rango y verdugos, el populacho suele comenzar el ejercicio de sus privilegios de ese día pitando y gritándoles. [...]

A partir de este momento comienza la barbarie, pues tan pronto como los animales llegan a los establos donde se guardan, un pincho de hierro que lleva un lazo, cuyo color indica la provincia de la que procede su portador, es introducido entre las paletillas de cada toro. [...] (74-76).

Merece la pena que reproduzcamos ahora una de las descripciones de los habitantes de Aragón, los que más impresionan a Ticknor, quien los considera auténticos portentos de resistencia y abnegación. Como en esta ocasión, donde rememora el terrible sitio de los franceses, hay sucesos que son descritos con tanta admiración e incredulidad que pueden recordar los medievales mirabilia:

No tengo palabras para expresar lo que vi allí, pues es una gloria que no tiene parangón. [...]. Porque ¿cuáles son los rivales o modelos con los que compararlos para su correcta evaluación? En mi opinión, Leipzig, Lützen y Waterloo son, comparados con Zaragoza, campos de batalla ordinarios. [...]

[...] Me enseñaron dos calles donde los españoles, obligados a retirarse, lo hicieron tirando abajo los muros traseros de las casas. Continuaron entonces el fuego durante más de veinticuatro horas desde el otro lado desde donde aún podían ser apoyados. De esta manera, a los franceses les costó tres días de fuego inintermitido echarlos de los departamentos del frente de una línea de casas cuando ya estaban en posesión de la calle entera. Y después otro día para obligarlos a retirarse a través de los muros a la siguiente línea, donde todo lo que tenían que hacer era volver a comenzar la misma guerra.

¿Y cómo es posible que la naturaleza humana pueda tener tal fuerza y resolución? Entiendo que un individuo pueda estar constituido con tal valor en su carácter físico y moral para ser capaz de hacer esto; pero aquí no era solo un hombre o una centena, eran sesenta mil, donde no solo no había ni un traidor ni un cobarde, sino ninguno que no se sintiera mentalmente firme y seguro, e infatigable e invencible físicamente. ¿Cómo se puede explicar esto? (26)

Desde luego, también hay momentos donde se describen sin mayor afán inquisitivo las diferentes etapas del viaje, los episodios más o menos anodinos que durante ellas se producen o determinadas anécdotas del camino. De los aspectos que más llaman la atención a Ticknor en este sentido, son los precarios medios que el viajero encuentra en España. El repaso de los tipos de posadas o medios de transporte (diferentes carruajes, el caballo de postas...) propician digresiones descriptivas costumbristas. Este fragmento de la descripción del acto social del Paseo del Prado, donde se dan cita los vestidos y carruajes más portentosos de la alta sociedad madrileña, da buena cuenta de ello; nótese el retrato pintoresco de las mujeres españolas, tan típico de las descripciones románticas de los extranjeros:

Sus oscuras basquiñas<sup>22</sup> [de las señoras que pasean] resaltan tanto sus apasionadas fisonomías y sus ojos puros y penetrantes; hay tal gracia y coquetería en sus movimientos, en sus formas de llevar sus bellos velos, de saludarte con sus abanicos; y en la elegancia y gusto con que calzan sus pies, que cada vez que veo esta multitud singularmente pintoresca, mezclada con el gran número de oficiales de la guardia que están siempre allí con sus espléndidos uniformes, y que contrastan con el aún gran número de monjes y sacerdotes que visten trajes oscuros y severos, me cercioro de nuevo de que este es el cuadro en movimiento más sorprendente del mundo.

Unos tres cuartos de hora después de la puesta de sol, cuando el Prado está en general bastante lleno, el ángelus o rezo de la tarde suena en el convento cercano, y la fila de coches se detiene como por arte de magia, mientras que la gente que va a pie permanece quieta como una estatua y reza [...] (63-64).<sup>23</sup>

Además, en algunos momentos la prosa, caracterizada por un estilo sencillo y poco retórico, se afecta y se vuelve muy poética. Así, destacan algunos pasajes de cuidada factura estilística, como este que sigue, que describe un amanecer en Granada que conmueve a Ticknor extraordinariamente:

La mañana siguiente, a las cinco y media, estaba de nuevo en la cima del Generalife, con mis ojos fijos otra vez en el mismo escenario y paisaje encantador. La mañana fue tan bella como lo había sido la tarde. La llanura se iluminó gradualmente y, más allá, las montañas pasaron del gris al púrpura, y del púrpura al oro, mientras yo las observaba detenidamente. Los pájaros estaban por todas partes regocijándose del retorno del día en las arboledas y jardines de la Alhambra, tan alegres como si fuera aún la capital elegida para el lujo árabe. Y los conventos de la ciudad y sus alrededores, justo en ese momento, llamaban a maitines. Así, de los más cercanos pude captar los tonos del órgano y del coro; mientras de los más lejanos, el tañer de la campana casi había muerto antes de que pudieran alcanzarme los golpes de la brisa de la mañana que transportaban el sonido. Todo estaba en armonía: la hora, la estación y el escenario. Y cuando el sol salió, lo hizo sobre uno de los paisajes más espléndidos y gloriosos del mundo (139).

Insistamos ahora un poco en aquellos pasajes de los *Diarios de viaje por España* de Ticknor donde la descripción se combina con la *opinión del autor*. Y es que, llegados a este punto, podríamos hablar de que en ciertos momentos se hace patente una especie de tensión entre la descripción de España y la opinión que esta genera en el autor, como hemos visto. El narrador es el portador del

<sup>22</sup> Escrito así en el original pero en singular. Basquiña era una falda, normalmente negra, larga y con muchos pliegues, que se vestía para salir a la calle en ocasiones solemnes.

<sup>23</sup> Esta cita de los *Diarios de viaje por España* de Ticknor muestra perfectamente las tres modalidades textuales que entiende Carrizo Rueda que se reúnen en un libro de viaje: «a) Diseñar la imagen de las sociedades visitadas, tratando de aportar todas las características que puedan explicarlas. b) Crear espacios dentro del discurso destinados a la admiración. [...] c) Presentar materiales que sirvan para enriquecer diversas áreas del conocimiento —geográficos, históricos, económicos, políticos, de la naturaleza, antropológicos y religiosos, entre otros—» (1997, 12).

espejo —evocando la famosa metáfora de Stendhal que encabeza su *Le Rouge et le Noir* (1830)— que refleja la realidad de España y la plasma en los diarios. Aquí es donde precisamente se establece una lucha entre lo conocido y lo nuevo, entre la cultura del narrador —la de Ticknor— y la nueva de España. Sobre esta última, Ticknor posee, según hemos apuntando, una idea previa basada en los libros de otros viajeros extranjeros y las obras literarias españolas de los Siglos de Oro, de los cuales hereda no pocos prejuicios, como, por ejemplo, su inicial temor a los bandoleros y, en fin, el halo de exotismo romántico que viene a buscar a España.

Es curioso cómo el texto de los diarios recoge perfectamente ese proceso de aclimatación de lo nuevo a lo conocido, de lo extraño a la cotidiano. Normalmente se trata de subrayar algo realmente bello o interesante, como las ferias de Sevilla y la congregación de gente a su alrededor:

Las clases bajas son alegres casi hasta la locura o, al menos, lo eran en aquel momento, ya que era la época de la gran feria anual en Santiponce.

A esta feria que dura una semana va toda Sevilla cada día. No hay nada sino juguetes, adornos ostentosos y otras bagatelas que allí se venden. Cuando se vuelve a la ciudad, una multitud se concentra en el puente y hasta media milla más allá de este, e insulta a los que vuelven de la feria por su finura, con un desparpajo impertinente andaluz que ellos mismos ostentan y defienden alegremente. En fin, es un tipo de carnaval.

Yo solía caminar en esa dirección durante media hora por la tarde para ser testigo y disfrutar de esta singular y llamativa exhibición de la alegría y de la ligereza de corazón del carácter popular. Este, como el romano, nunca cae en el exceso, como sí sucede con el carácter del Norte; ya que en Londres o Berlín no podría darse tal multitud insultándose unos a otros —como yo presencié— sin terminar todo en varias peleas (167).

No obstante, la mayor parte de las veces donde aparece la opinión del autor junto a la descripción en principio objetiva se trata de mostrar su reprobación de algo. Como hemos podido comprobar al revisar la descripción del rey Fernando VII y su gobierno que traza Ticknor, estas opiniones suelen estar encaminadas a criticar las clases dirigentes de España, pues el pueblo llano es el que, a juicio de Ticknor, más respeto merece por ser portador del carácter nacional y padecer estoicamente los desafueros de sus gobernante. El siguiente ejemplo nos presenta la opinión de Ticknor sobre el sistema judicial del país:

No hay nada que no pueda conseguirse mediante sobornos. Y —lo que sospecho que es el fenómeno más extraordinario en la legislación— Garay, a quien como ministro no le gusta desde luego ver el dinero que debería llegar al Tesoro terminar en las manos de sus agentes, por su decreto del cinco de agosto de 1818, en lugar de tratar de encontrar un remedio para todos estos claros abusos, los ha legalizado fríamente. Así, lo que antes eran sobornos, ahora los denomina impuestos. [...]

En fin, no hay casi nada que no sea susceptible de significar un abuso de gobierno, que no se legalice y sea gravado por este decreto extraordinario. Los principios básicos del pacto social, toda la moralidad política que mantiene la sociedad unida, parecen sacados a subasta por este decreto; y en cualquier otro país, causaría una revolución. Pero aquí esto puede evitarse mediante una tolerada desobediencia. Tan notoria, en efecto, y tan insolente ha llegado a ser la corrupción, que incluso se disfraza con la librea de la ley y la justicia, y se respeta consecuentemente en todas las capas de la sociedad (41-42).

Hay que tener en cuenta que el poder que ostenta el narrador de elegir unos sucesos u otros, o simplemente el azar de los acontecimientos que vive el autor son los que sirven de argumentación a los juicios de valor que a lo largo de la obra se van sucediendo. En este sentido, es curioso observar cómo cualquier detalle puede ser elevado a categoría en ocasiones. Así, por ejemplo, cuando Ticknor conoce a un empleado de correos en Madridejos, en La Mancha, especialmente virtuoso concluye que todos los españoles poseen unos altos valores morales:

Aquí [Madridejos], encontré una prueba singular de la hospitalidad y lealtad españolas. Mi licencia para el correo estaba aprobada por una orden personal del ministro, según la cual los jefes de las oficinas de correos debían recibirme con atención y proporcionarme cualquier ayuda que pudiera necesitar. El de Madridejos mostró, desde el momento en que entré en su casa, un tipo de obediencia solemne a esta orden que me llamó poderosamente la atención.

Me relató una historia de un robo en el que se sustrajeron tres mil reales, y yo contesté que en un caso similar me hubieran quitado menos. Entonces le dio la impresión de que yo podía estar necesitado de dinero. Así pues, me dio a entender antes de nada que si necesitaba cualquier cosa, con toda la seguridad él me proporcionaría lo necesario. Y al no contestarle directamente, insistió más. En seguida me ofreció dinero, y no se dio por satisfecho hasta que le probé que ni lo necesitaba ni tenía miedo de necesitarlo. No fue un ofrecimiento formal; estoy seguro de que le podría haber pedido la cartera o incluso la casa a ese hombre (121-122).

Todos estos ejemplos allegados prueban que no solo se trata de una descripción del país, como si de una guía de viajes se tratara, sino que la opinión del autor está muy presente e incluso desarrolla en el texto pequeños ensayos, idea que luego retomaremos al revisar el hibridismo en los *Diarios de viaje por España* y los subgéneros de los libros de viaje.

Otra cuestión que merece ser subrayada es la presencia en el texto de referencias socio-políticas del momento y, en definitiva, el *retrato histórico* que de la España de 1818 se lleva a cabo. Y es que Ticknor a lo largo de sus *Diarios de viaje por España* no deja de plasmar un vivo retrato de un país que lucha por dejar atrás la reciente Guerra de la Independencia española (1808-1814), mientras espera una modernización en las diferentes estructuras socio-políticas que no termina de llegar. Como cabe esperar, Ticknor encuentra constantemente huellas



de la terrible y reciente guerra, especialmente a su paso por Cataluña y Aragón (incluso descubre huesos humanos y piezas de cuero y metal de los uniformes de los soldados en un campo cerca de Zaragoza). Testimonios como el que sigue son realmente intensos:

Una vez en Gerona, observé la catedral agujereada por las bombas y todavía luciendo señales de haber sido fortificada, y las calles enteras más o menos marcadas por la desolación de la guerra. Sentí que me encontraba entre una gente cuyo genio y carácter es diferente de cualquiera que haya conocido hasta ahora; ya que, aunque he estado en sitios donde se derramó mucha más sangre, no había encontrado nunca los rastros de un espíritu de resistencia como este (13).

El retrato histórico en general que se plasma en los *Diarios de viaje por España* propicia la comentada denuncia de ciertos males del país y la responsabilidad de sus gobernantes. Uno de los sucesos históricos más vergonzosos y muchas veces repetido por Ticknor es la penosa situación de los intelectuales españoles, gran parte de ellos en el exilio:

No se puede hablar de Política como una ciencia, bajo un gobierno de semejante tiranía caprichosa. Aun si se pudiera, pocos estarían tentados de arriesgarse, recordando las amonestaciones y persecuciones de Marina y la muerte de Jovellanos.

Y en Letras, ¿quiénes son sus hombres de letras? Estala, Meléndez Valdés y Guarinos murieron en la amargura del exilio. Quintana está en la fortaleza de Pamplona; Moratín y Llorente viven en París. Los cinco que permanecen son Vargas, quien, sin embargo, no padece el sufrimiento de vivir en Madrid; Navarrete, que se está muriendo a causa de su corazón roto; Conde, despachado del cargo y muriéndose de hambre; Ceán, escribiendo por mero entretenimiento sin la más remota posibilidad de publicar; y Clemencín, mantenido por el Duque de Osuna.

Estos son todos sus hombres de mérito notable; y ciertamente serían tratados con distinción en cualquier país (55-56).

Pero para terminar este largo apartado, señalemos una característica fundamental más de los libros de viaje a la que ya nos hemos ido refiriendo: su *hibridismo*<sup>24</sup>. Como es sabido, el género de los libros de viajes linda con otros. A lo largo de las páginas anteriores nos hemos referido a algunos de ellos, que ahora recapitularemos rápidamente. Entre estos géneros, hablábamos de las *crónicas*, aunque en este caso no es uno de los más acusados, ya que lo fundamental de estas es la importancia que se confiere a los hechos, más que a las descripciones. Todo lo contrario hemos comprobado que sucede en los *Diarios de viaje por*

<sup>24</sup> Todos los especialistas coinciden en la dificultad de diferenciar los libros de viajes de otros géneros literarios. Villar Dégano, por ejemplo, escribe: «Las fronteras entre las diferentes modalidades de escritura no son tan nítidas ni excluyentes como nuestras convenciones intelectuales, por otra parte necesarias, establecen. El propio texto nos va a marcar siempre la pauta, obligándonos a adaptar constantemente nuestros modelos, a profundizar en la reflexión y a pensar que lo que nos va a permitir definir y limitar el objeto es más *la acumulación de rasgos concomitantes en un conjunto coherente*, que la potenciación en exclusiva de uno de ellos, por muy relevante que sea» (2005, 240).

*España* de Ticknor. Estos tampoco guardan demasiada relación con las *guías de viaje*. Y es que el rasgo definitorio de este tipo de obras, que algunos consideran un subtipo de los libros de viaje —a despecho de los que discuten su catalogación como literatura<sup>25</sup>—, es que la información que incluyen suele ser muy objetiva, sin apenas intervención de la opinión personal o la valoración del autor. Por último, también hemos explicado la superflua relación con las *novelas*, las cuales poseen una estructura narrativa que tienda hacia un fin resolutivo, frente a lo que sucede en los *Diarios de viaje por España*, a pesar de que en ellos se incluyan pasajes más o menos novelescos, como veíamos.

Por otro lado, merece la pena que especulemos brevemente sobre otros dos géneros que se vienen reconociendo como cercanos a los libros de viajes. El primero de ellos es la *biografía* o, en fin, el tipo de géneros que se suelen englobar como literatura del yo: *diarios*, *autobiografías* o *memorias*. En el caso de los *Diarios de viaje por España*, obviamente, se incluyen referencias sobre la vida de su autor, de la cual se describen en cierto modo alguno de sus pasajes. No obstante, el núcleo de la obra no es la vida del autor, sino que es la descripción de España, sus habitantes y su cultura. Además, no se relata la vida de Ticknor, como mucho podríamos afirmar que se hace referencia a ocho meses de esta. Lo mismo cabría objetarse para hablar de autobiografías o memorias. Ahora bien, el hecho de que el texto venga articulado por dataciones sí que nos acerca más al género de los diarios, como muestra el título que manejamos de la obra, que viene a hacer referencia a una suerte de subgénero de los libros de viaje: los diarios de viaje. Este subgénero es el que creemos que se ajusta más a la naturaleza del texto de Ticknor, pues, más allá de que relate cronológicamente algunos acontecimientos de la vida de su autor, parece evidente que el núcleo de esta obra gira en torno a la descripción de España y los españoles, como venimos repitiendo.

En realidad, si se traza la biografía de alguien, es la de los españoles, los españoles en su historia, como dijera Américo Castro. De hecho, está muy extendida la metáfora de *biografía de la nación* para referirse a aquellas *Historias de España* que están cortadas según el patrón del carácter nacional español. En otro lugar hemos propuesto (Martín Ezpeleta, en prensa) que, siguiendo la metáfora biologicista, tan propia de los estudios historiográficos, también podríamos entender estos *Diarios de viaje por España* como una *etopeya nacional*. La etopeya es la descripción del carácter, acciones y costumbres de una persona, de un personaje colectivo esta vez, el pueblo español. Y esto es precisamente lo que se lleva a cabo en los *Diarios de viaje por España*: una completa descripción de las costumbres (como el paseo por el Prado, las tertulias, el teatro, los toros), las acciones o, en este caso, los acontecimientos históricos (del pasado más remoto o

<sup>25</sup> Villar Dégano llega a considerar todos tipos de literatura de viajes como paraliteratura, teniendo en cuenta especialmente los canales de distribución de estos libros y su público receptor (1995).

reciente, como las batallas contra los romanos o la repercusión de la Guerra de la Independencia española; o del mismo presente, como la preocupante situación de los intelectuales y la incompetencia de Fernando VII; y, en definitiva, el carácter de los españoles.

Esto último nos lleva a terminar este asunto refiriéndonos a un último género que interfiere en los *Diarios de viaje por España* de Ticknor: el *ensayo*. Desde la nota prologal, el autor dejaba bien claro que esta obra nacía de los apuntes que iba tomando sobre España y sus habitantes con el fin de entender su carácter nacional. Así, no es de extrañar que el texto se vea poblado de, en principio, aspectos menos propios de un libro de viaje, como son las detalladas referencias bibliográficas de estudios u obras literarias, y que en los *Diarios de viaje por España* son muy abundantes. Ticknor, por ejemplo, cita, además de otros libros de viajes, como los de Laborde mencionados, Fischer o Slidell Mackenzie<sup>26</sup>, textos clásicos, como las *Etiópicas* de Heliodoro, los comentarios de Servius sobre las *Geórgicas* de Virgilio; los estudios cervantinos de Clemencín o Pellicer; y, en fin, obras como la *Primera Crónica General*, romances, las novelas de *El Quijote* y el *Gil Blas*, de Lesage, las *Cartas desde España* de Blanco White, etcétera.

Otra característica común de los *Diarios de viaje por España* con el género del ensayo es la presencia de digresiones. A lo largo de esta obra Ticknor se extiende en varios aspectos que considera especialmente interesantes y que muchas veces se alejan del curso de la obra. Algunas de ellas no persiguen sino ilustrar con detalle determinados acontecimientos relevantes al asunto, como puede ser describir los citados sitios en Aragón o, especialmente, la larga digresión sobre la fiesta popular de los toros. Pero hay otras que se alejan de la materia, como cuando traza la biografía de determinados personajes, como el caso más evidente de Hernando Colón, el segundo hijo de Cristóbal Colón, de quien encuentra documentos muy interesantes en el Archivo de Indias en Sevilla (archivo del que tanto provecho obtendría su discípulo y amigo William Prescott unos años después). Ticknor se afana en estudiar a este personaje histórico e incluye sus notas en los *Diarios de viaje por España* en una digresión de más de tres páginas con referencias a legajos, a su testamento y demás fuentes de su investigación.

Pero, una vez analizados estos *Diarios de viaje por España* a la luz de sus características formales y su inclusión en el género de los libros de viajes, concluyamos ya valorando en un breve apartado final la naturaleza de este viaje de Ticknor por España y, en consecuencia, su relación con alguno de los subtipos de los libros de viajes existentes.

---

<sup>26</sup> La obra de Slidell Mackenzie referida, *Year in Spain*, no se publicó hasta 1829, lo que evidencia, como otros casos similares, que el texto original de los diarios fue revisado con posterioridad a su primera redacción. Además, en ocasiones es posible discriminar dos tipos de tinta en los autógrafos, sobre todo en las referencias bibliográficas allegadas y alguna nota marginal.

## DIARIO DE UN VIAJE ILUSTRADO Y ROMÁNTICO POR ESPAÑA

Se podría elaborar una antología de afirmaciones de críticos literarios dedicados al estudio de la literatura de viajes sobre lo que Peñate Rivero define perfectamente como «la ilusión de la tipologías» (2004, 22). Con todo, se han propuesto algunas clasificaciones basadas sobre todo en el tipo de viaje y viajero que pueden arrojar algo de luz a esta cuestión. En el caso de Ticknor, sabemos por sus propios comentarios que el principal objetivo de su viaje por España radicaba en el aprendizaje de la lengua y la comprensión de la cultura españolas, además de la adquisición de libros. No obstante, no resulta tampoco difícil deducir de sus palabras una suerte de afán aventurero, aquel que le impulsó a visitar un país, según otros viajeros extranjeros, misterioso y peligroso, en una época de posguerra especialmente delicada.

Si a todo esto añadimos las características de Ticknor como viajero: un joven intelectual curioso que observa y analiza lo que se va encontrando a lo largo del camino con un afán de conocimiento evidente, así como su filiación con la burguesía instruida; no es difícil concluir que el tipo de viaje que plasman los *Diarios de viaje por España* de Ticknor es un ejemplo del denominado como viaje de formación o *Bildungsreise*. Estos viajes de formación fueron muy populares durante los siglos XVIII y XIX llegando casi a institucionalizarse para las clases sociales acomodadas. Un tipo de viajes propio de la Ilustración, cuyo origen se ha relacionado con los viajes de exploradores y científicos (geográficos, botánicos...), ya que, como estos últimos, perseguían describir y analizar con rigor un asunto en concreto, esta vez, antropológico y etnográfico sobre todo.

De cualquier forma, tampoco hay que olvidar ese afán aventurero del que hablábamos, que ni mucho menos está reñido con los viajes científicos; pero que, en principio, parece que comporta un autoconocimiento o una reflexión sobre el propio viajero mayores, según las definiciones al uso. Estos últimos viajes conocidos como de aventuras fueron los preferidos de los viajeros románticos, que, como se suele explicar, salieron o escaparon en busca del exotismo, del otro, para encontrarse a sí mismos. Este autoconocimiento nace, claro, de la confrontación de la propia cultura con una nueva, un choque a veces hasta sociológico, que, como hemos podido observar, queda perfectamente patente en las páginas de los *Diarios de viaje por España* de Ticknor.

En fin, a estas alturas ya hemos podido comprobar esa ilusión de las tipologías que hemos evocado al principio de este apartado. La mezcla de los viajes de formación y de aventuras o el carácter ilustrado y romántico de sus protagonistas es indisoluble. Y es que, como explica a este respecto el escritor y crítico literario Lorenzo Silva: «Viajar lleva inexorablemente a tener algo que contar; y por otra parte, al contar una historia jamás puede prescindirse del

recorrido que uno ha hecho, por la vida y por el mundo» (2004, 33), para luego concluir, tal y como también ahora hacemos lo propio nosotros, que «La literatura es un dominio de la imaginación y la imaginación tolera mal las fronteras y las definiciones» (2004, 36).

## BIBLIOGRAFÍA

- ALBURQUERQUE, Luis (2006), «Los “libros de viaje” como género literario», en *Diez estudios sobre literatura de viajes* (eds. Manuel LUCENA GIRALDO y Juan PIMENTEL), Madrid, CSIC, pp. 67-88.
- ALMARCEGUI ELDUAYEN, Patricia, y Leonardo ROMERO TOBAR (coords.) (2005), *Los libros de viaje. Realidad vivida y género literario*, Madrid, Akal.
- CABALLÉ, Anna (1995), *Narcisos de tinta. Ensayos sobre la literatura autobiográfica en lengua castellana (siglos XIX y XX)*, Málaga, Megazul.
- CARMONA FERNÁNDEZ, Fernando, y Antonio MARTÍNEZ PÉREZ (eds.) (1996), *Libros de viaje*, Murcia, Universidad de Murcia.
- CARRIZO RUEDA, Sofía M. (1994), «Hacia una poética de los relatos de viaje. A propósito de Pero Tafur», *Incipit*, 14, pp. 103-144.
- (1996), «Morfología y variantes del Relato de Viajes», en *Libros de viaje* (eds. Fernando CARMONA FERNÁNDEZ y Antonio MARTÍNEZ PÉREZ), Murcia, Universidad de Murcia, pp. 119-126.
- (1997), *Poética del relato de viaje*, Kassel, Edition Reichenberger.
- CRISTÓVAO, Fernando (coord.) (1999), *Condicionantes culturais da literatura de viagem. Estudos e bibliografias*, Lisboa, Edições Cosmos/Universidad de Lisboa.
- DEWEY AMNER, F. (1928), «Some Influences of George Ticknor upon the Study of Spanish in the United States», *Hispania*, 11, 5, pp. 377-395.
- FARINELLI, Arturo (1979), *Viajes por España y Portugal. Desde la Edad Media hasta el siglo XX. Nuevas y antiguas divagaciones bibliográficas*, Roma, Accademia Nazionale dei Lincei, 4 vols.
- FERNÁNDEZ CIFUENTES, Luis (2004), «La literatura española en los Estados Unidos: historia de sus historias», en *Historia literaria/Historia de la literatura* (ed. Leonardo ROMERO TOBAR), Zaragoza, Prensas Universitarias, pp. 253-272.
- GARCÍA BERRIO, Antonio, y Javier HUERTA CALVO (1992), *Los géneros literarios. Sistema e historia*, Madrid, Cátedra.
- GARCÍA-ROMERAL PÉREZ, Carlos (2004), *Diccionario de viajeros españoles. Desde la Edad Media a 1970*, Madrid, Ollero y Ramos.
- GARRIDO GALLARDO, Miguel Ángel (ed.) (1988), *Teoría de los géneros literarios*, Madrid, Arco/Libros.
- GASQUET, Axel (2006), «Bajo el cielo protector. Hacia una sociología de la literatura de viajes», en *Diez estudios sobre literatura de viajes* (eds. Manuel LUCENA GIRALDO y Juan PIMENTEL), Madrid, CSIC, pp. 31-66.

- GUILLÉN, Jorge (1999), *Obra en prosa* (ed. Francisco J. DÍAZ DE CASTRO), Barcelona, Tusquets.
- HART, Thomas R. (1954), «George Ticknor's *History of Spanish Literature*. The New England Background», *PMLA*, 69, pp. 76-88.
- HILLARD, George S. (1850), *Review of Ticknor's «History of Spanish Literature»*, Cambridge, Metcalf and Company.
- JAKSIC, Iván (2007), *Ven conmigo a la España lejana. Los intelectuales norteamericanos ante el mundo hispánico, 1820-1880*, México, Fondo de Cultura Económica.
- KAGAN, Richard L. (ed.) (2002), *Spain in America. The Origins of Hispanism in the United States*, Urbana, University of Illinois Press.
- LUCENA GIRALDO, Manuel, y Juan PIMENTEL (eds.) (2006), *Diez estudios sobre literatura de viajes*, Madrid, CSIC.
- MAINER, José-Carlos (2000), *Historia, literatura, sociedad (y una coda española)*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- MARTÍN EZPELETA, Antonio (en prensa), «Notas sobre el carácter nacional español. El caso de los *Diarios de viaje por España* de George Ticknor», *Oibenart. Cuadernos de lengua y literatura*.
- MEREGALLI, Franco (1989), «George Ticknor y España», en *Homenaje al profesor Antonio Vilanova* (coord. Adolfo SOTELÓ VÁZQUEZ y ed. Marta Cristina CARBONELL), Barcelona, Universidad de Barcelona, 2, pp. 413-426.
- NÚÑEZ RUIZ, Gabriel, y Mar CAMPOS FERNÁNDEZ-FÍGARES (2005), *Cómo nos enseñaron a leer. Manuales de literatura en España, 1850-1960* (estudio preliminar de Juan Carlos Rodríguez), Toledo, Akal.
- ORTAS DURAND, Esther (1999), *Viajeros ante el paisaje aragonés (1759-1850)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
- (2005), «Apéndice bibliográfico sobre viajes y viajeros por España en los siglos XVIII y XIX», en *Los libros de viaje. Realidad vivida y género literario* (coords. Patricia ALMARCEGUI ELDUAYEN y Leonardo ROMERO TOBAR), Madrid, Akal, pp. 92-103.
- (2006), *Leer el camino. Cervantes y el «Quijote» en los viajeros extranjeros por España (1701-1846)*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos.
- PEÑATE RIVERO, Julio (2004), «Camino del viaje hacia la literatura», en *Relato de viaje y literaturas hispánicas*, Madrid, Visor, pp. 13-29.
- (ed.) (2004), *Relato de viaje y literaturas hispánicas*, Madrid, Visor.
- PÉREZ PRIEGO, Miguel Ángel (1984), «Estudio literario de los libros de viajes medievales», *Epos*, 1, pp. 217-238.
- POZUELO YVANCOS, José María (2000), «Ángel Valbuena: La renovación de la Historiografía literaria española», *Monteagudo*, 5, pp. 51-69.
- (2006), *De la autobiografía. Teoría y estilos*, Barcelona, Crítica.
- RATHBUN, John W. (1960), «The Philosophical Setting of George Ticknor's *History of Spanish Literature*», *Hispania*, 43, 1, pp. 37-42.

- REGALES SERNA, Antonio (1983), «Para una crítica de la categoría *literatura de viajes*», *Castilla*, 5, pp. 63-85.
- ROMERA CASTILLO, José (2006), *De primera mano. Sobre escritura autobiográfica en España, siglo XX*, Madrid, Visor.
- ROMERA NAVARRO, Miguel (1917), *El hispanismo en Norte-América. Exposición y crítica de su aspecto literario*, Madrid, Renacimiento.
- ROMERO TOBAR, Leonardo (2006), *La literatura en su historia*, Madrid, Arco/Libros.
- SERRANO, María del Mar (1993), *Las guías urbanas y los libros de viaje en la España del siglo XIX. Repertorio bibliográfico y análisis de su estructura u contenido (Viajes de papel)*, Barcelona, Universitat de Barcelona.
- SILVA, Lorenzo (2000), *Viajes escritos y escritos viajeros*, Madrid, Anaya.
- (2004), «Vivir y viajar, hacerse uno y hacerse otro», en *Relato de viaje y literaturas hispánicas* (ed. Julio PEÑATE RIVERO), Madrid, Visor, pp. 33-43.
- TICKNOR, George (1825), «Amusements in Spain. Recollections of the Peninsula», *North American Review*, 21, 12, pp. 52-78. (En el artículo no figura la autoría de George Ticknor).
- (1968), *Life, Letters, and Journals of George Ticknor* (ed. George S. HILLARD et al.), Boston, Johnson Reprint Corporation, 2 vols. (1.<sup>a</sup> ed., 1876).
- (1913), *Ticknor's Travels in Spain* (ed. G.T. NORTHUP), Toronto, The University Library.
- (1851), *Historia de la literatura española* (trad. cast., con adiciones y notas críticas de Pascual de Gayangos y Enrique de Vedia), Madrid, Rivadeneyra, 4 vols. (1.<sup>a</sup> ed., 1849).
- (1952), *Diario* (pról. y trad. de Antonio Dorta), Buenos Aires, Espasa Calpe.
- (2009), *Two Boston Brahmins in Goethe's Germany. The travel journals of Anna and George Ticknor* (ed. de Thomas ADAM y Gisela METTELE), Lanham/Boulder/New York/Toronto/Oxford, Lexington Books.
- TYACK, David B. (1967), *George Ticknor and the Boston Brahmins*, Cambridge, Harvard University Press.
- VILLAR DEGANO, Juan Felipe (1995), «Paraliteratura y libros de viaje», *Compás de Letras*, 7, pp. 15-32.
- (2005), «Reflexiones sobre los libros de viaje», *Letras de Deusto*, 35, pp. 108-109 y 227-250.